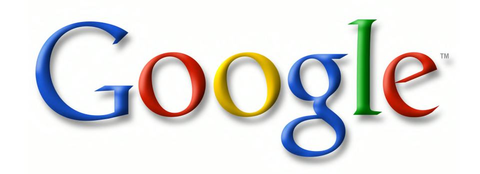
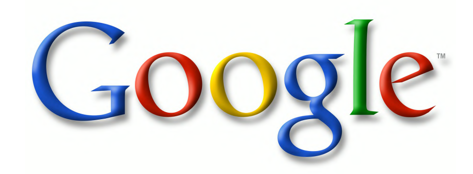
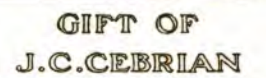
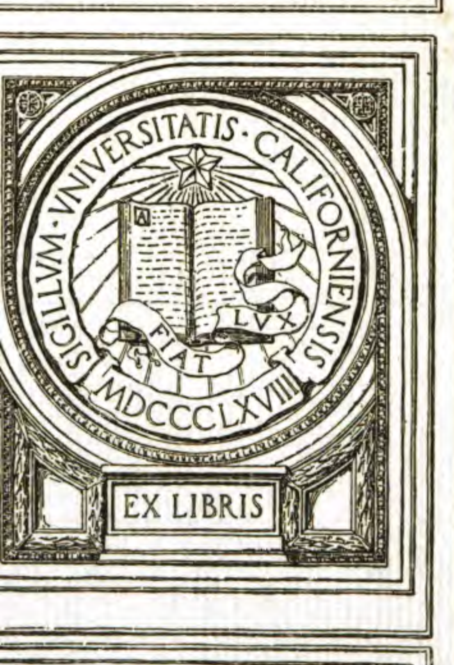





UC-NRLF
$B 272 160


GIFT OF
J.C.CEBRIAN


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

Núñez de Arce
y
Fuenguiracion

INAUGURACION
DEL CANAL DEL EBRO.

CARTAS PUBLICADAS EN LA IBERIA

POR

D. Gaspar Nuñez de Arce.

MADRID.—1857.
Imprenta de La Iberia, á cargo de Manuel de Rojas,
calle del Baño, núm. 3, principal.

[illegible]

CANAL DEL EBRO.

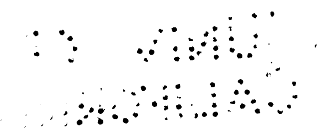
[illegible]

POR

[illegible]

[illegible]

[illegible]



MADRID.—[illegible]

[illegible]

I.

Señores redactores de LA IBERIA.

Queridos amigos: Contrariedades de viaje, de que mas adelante os hablaré, me han impedido escribiros, como yo hubiera deseado, dándoos cuenta de mi alegre peregrinacion hasta las márgenes del Ebro, y de las fiestas con que se ha inaugurado el primer trozo de la canalizacion. Pero hoy tomo la pluma con la seguridad de que no vosotros, con cuya indulgencia he contado siempre, sino los suscritores de LA IBERIA disimularán una falta que no ha estado en mi mano evitar, y de la cual, sin embargo, estoy arrepentido.

Como sabeis, el dia 15, á las ocho de la noche, partimos para Valencia en el tren del correo. Mi buena fortuna dispuso que fuera en el mismo coche del camino de hierro en compañía de varios ilustrados periodistas, todos amigos mios, y algunos hombres políticos, cuya amabilidad no podré elogiar lo bastante. Rodó primero la conversacion sobre la política, que es hoy el principio, el medio y el fin de la vida española; despues se habló de literatura en el mismo momento en que el tren, habiendo pasado las floridas alamedas y bosques de Aranjuez, penetraba en las áridas y secas llanuras de la Mancha.

La vista de esta inmensa sábana de tierra, desnuda de árboles y sin jugo, hizo acudir á nuestra memoria el glorioso recuerdo de Cervantes y de su obra inmortal. Enton-

ces nos estendimos en consideraciones sobre este libro, que es la admiracion de toda la Europa, y que goza del gran privilegio de hacer al mismo tiempo asomar la risa á los lábios y las lágrimas á los ojos. Y celebramos al gran pintor de la humanidad, que no exagera sus vicios ni sus cualidades, y que la presenta burlándose sin mala intencion pero burlándose, de una inteligencia á quien habian estraviado un amor profundo hácia el bien, y un sentimiento absoluto de justicia. Nada mas desconsolador que la muerte del pobre hidalgo manchego, cuando postrado en el lecho de agonía, comprende que su vida, llena de aspiraciones generosas, habia sido una locura, y conoce el mundo en la hora suprema en que se separa de él.

Preocupado el espíritu de mis compañeros de viaje y el mio con estos pensamientos, más de una vez creimos ver entre las sombras la flaca figura de don Quijote, cabalgando sobre el escuálido Rocinante, y seguido del malicioso y refranero Sancho. Allá á lo lejos destacábanse como fantasmas los molinos de viento, con uno de los cuales tan reñida batalla sostuvo el héroe de la andante caballería, y de vez en cuando llegaba á nuestros oidos el ladrido de los perros que nos anunciaba la proximidad de una aldea.

Un periodista ingenioso hizo un paralelo exacto entre el espíritu caballeresco del pueblo español, que en distintas épocas ha salvado las nacionalidades europeas, y el espíritu elevado y generoso de Don Quijote de la Mancha, hallando una semejanza desconsoladora entre la ingratitud de Europa hácia España y la ingratitud de los galeotes á quienes el buen hidalgo puso en libertad para ser por ellos apedreado. ¡Ah! tambien nuestra desgraciada patria como el héroe manchego conoció en la última hora de su grandeza que habia vivido loca, y sin duda el temor de volver á perder el juicio, ha cambiado su arrojo en timidez y su resolucion en incertidumbre.

Agradablemente entretenidos con esta conservacion, llegamos á Alcázar de San Juan, donde tomamos un ligero

refrigerio para hacer mas divertido nuestro viaje. Lentamente el monótono golpeo del ferro-carril, y la influencia de la noche, fueron cerrando nuestros párpados, y colocándonos del mejor modo que nos fué posible, nos abandonamos á los placeres del sueño. Solo de vez en cuando el áspero silbido de la locomotora interrumpia nuestro descanso para anunciar que llegábamos á una estacion; entonces cruzábamos algunas palabras en el coche, mal pronunciadas y peor atendidas, y en seguida volvian á cerrarse nuestros ojos, fatigados de haber recorrido durante las primeras horas de la noche, la solitaria oscuridad de los campos.

Cuando estábamos mas profundamente dormidos, los no muy acordados sones de una banda militar vinieron á despertarnos sobresaltados. Era de dia, y nos hallábamos en Albacete. A la entrada de la estacion, la música de la guardia urbana de la ciudad, vestida con el traje que llevaron las de la Milicia, á escepcion del sombrero que era redondo, doblado por una ala y con plumas, como los que usaron los soldados de Spínola, celebraba nuestra llegada con aires en que debia de alabarse mas la intencion que la armonía. El ayuntamiento habia creido que vendria con nosotros el ministro de Fomento, y habia dispuesto para honrar á S. E. esta *serenata matinal*.

Desearia hablaros de Albacete; pero ya comprendereis que no me es posible. Solo nos detuvimos en esta ciudad, ó mejor dicho, á la entrada de esta ciudad, el espacio de media hora que empleamos en tomar chocolate y darnos los buenos dias. Mientras permanecimos en la fonda, hubo en ella una verdadera esposicion de productos albacetenses; por todas partes nos acosaban enseñándonos navajas que llamaban corta-plumas; estuches para bordar, *sin estuche*, y puñales de todos los tamaños y de todas las categorías, jigantescos y pigmeos, puntiagudos y romos, labrados y sin labrar, con filo ó sin él. En la hoja de algunos, como en las ligas, se leia con letras mal trazadas la siguiente ins-

cripcion:. *Viva mi dueño*; y en otros la imaginacion del artista habia llenado el acero de labores y rasgos, de los cuales pido á Dios que me libre.

Pasada la media hora que se nos habia concedido de érmino, volvimos á emprender nuestro viaje con direccion á Almansa. La empresa del ferro-carril del Mediterráneo habia tenido la amabilidad de abrir para nosotros este trozo de la línea general que todavía no se ha inaugurado oficialmente. Sin accidente que digno de contar sea, llegamos á Almansa y fuímos á la fonda en donde se nos tenia preparado el almuerzo. Nos limpiamos el polvo del camino y nos sentamos á la mesa diputados y periodistas, hombres políticos y hombres de negocios, todos confundidos y revueltos. Las fatigas del viaje nos habian abierto el apetito, y comimos hasta con desesperacion. Reinó durante el almuerzo la mayor cordialidad y alegría, y tanto como el vino puede decirse que abundó el ingénio. Es verdad que este se presentó bajo mil formas distintas, y que el licor de Baco solo se acercó á nosotros en aquel momento con el carácter modesto de hijo de Valdepeñas. Pero en fin, no le desairamos: comimos mas de lo posible, y no exagero nada; hablamos mas de lo que vosotros podeis imaginar, y despues, divididos en tandas, ocupamos tres diligencias que estaban esperándanos á la puerta de la fonda.

El señor Castelar, redactor de *La Discusion*, el señor Vildosola, de *La Esperanza*, y yo, nos embanastamos en el cupé de una de ellas, y así cruzamos el camino que media entre Almansa y San Felipe de Játiva. A un cuarto de legua de la primera de estas ciudades, en un llano que recuerda todavía las soledades de la Mancha, se levanta el obelisco construido en memoria de la gran batalla que puso la corona de España en la frente de los Borbones. Nosotros desde el cupé le vimos á larga distancia, y fué por algun tiempo el objeto de nuestra conversacion.

Pasada la ciudad de Almansa la vejetacion se anima; vénse ya algunos árboles perdidos en el fondo d los valles y

y las adelfas crecen á la orilla de los arroyos. Conforme ibamos aproximándonos á San Felipe de Játiva, la naturaleza, como fatigada de su largo sueño en el árido territorio de la Mancha, despertábase rozagante y llena de vida. Los algarrobos, estendiendo sus frondosas ramas, á cuya sombra sestean los ganados; las caprichosas higueras; las olivas, que allí parece como que multiplican sus troncos, y la pita de gruesas y puntiagudas hojas, creciendo en los lindes del camino y de las heredades, vivificaban el alma cansada de atravesar desiertos y hacian presagiar la proximidad de una tierra de promision. Sobre algunos cerros veíanse diseminados varios pueblecillos, algunos de los cuales parecian dominados aun por el añoso y casi derruido castillo feudal.

Estas vistas representaban clara y solemnemente toda una faz de la civilizacion. El castillo vacío, abandonado al silencio, y el pueblo emancipado, buscando acaso en las ruinas de la morada de sus opresores, la piedra que necesita para sus construcciones modernas, ¿no revelan suficientemente que el derecho ha recobrado la fuerza? ¿No demuestran que en el mundo han empezado tambien á realizarse las palabras del Divino Maestro: *Los primeros serán los últimos, los últimos serán los primeros?* Si se levantaran de su tumba los siervos de la gleva de las aldeas y villas que á nuestros ojos iban apareciendo, desconocerian á sus hijos, como en la eterna ley del progreso, la generacion presente ni tiene siquiera el presentimiento exacto de lo que llegarán á ser sus sucesoras. Cuando se examina la historia, y se observa el maravilloso desarrollo de la humanidad nunca interrumpido, siempre constante y lógico, no puede ni aun el incrédulo dudar de la omnipotencia de Dios y del imperio de la razon humana.

Esta carta vá haciéndose demasiado larga, y tengo aun mucho, muchísimo que contaros. Más que acelerar mi relacion, creo conveniente cortarla aquí para continuarla en el número inmediato.

II.

En mi anterior carta os hablé de la perspectiva que ofrece el camino desde Almansa á San Felipe de Játiva, donde á cada paso que se adelanta, la vejetacion aumenta en variedad y riqueza. La huerta de esta última ciudad trajo á mi memoria la magnífica descripcion que hace Camoens de la isla de la Fama, donde los compañeros de Vasco de Gama, favorecidos por la diosa del amor, hallan el descanso y el premio debidos á su fatiga y á sus triunfos. Los árboles, que se elevan hasta el cielo; los naranjos, que tienen el fruto del color de los cabellos de Dafne; los hermosos limones, que en el árbol que los produce están imitando pechos virginales; los álamos de Alcides, los mirtos de Vénus, las purpúreas cerezas, las *amoras que o nome tem de amores*; la granada, cuyos granos envidia el rubí; la vid, que ostentando sus racimos, se enlaza al olmo; cuanto pudo soñar la vigorosa imaginacion del gran poeta portugués se encuentra reunido en la prolongada huerta de Játiva y Valencia. Respíranse en estas deliciosas comarcas auras completamente orientales; las palmas solitarias levantan allí su desnudo tronco coronado de hojas sobre las humildes barracas de puntiagudo techo que cobijan con su sombra. Un cielo vaporosamente azul cubre una tierra siempre verde, cruzada de acequias, por donde las ondas del Júcar y del Túria llevan hasta el último rincon la fertilidad y la vida, la prosperidad y la hermosura. Seria necesaria una pluma mejor corta-

da que la mia para poder describir el efecto maravilloso que producen en el ánimo del que por primera vez visita esta region encantada, las blancas paredes de las casas y los campanarios de las aldeas dibujándose en el espacio á través de las copas de los árboles, armoniosamente agitadas por las brisas del Mediterráneo; así como los inmensos campos de arroz, que parecen surjir de las aguas y que se pierden á lo lejos como el mar en el horizonte.

La fervorosa fé de los pueblos orientales santificada por una religion divina, se descubre por todas partes en el reino de Valencia. En las casas, en las calles, en las plazas, hasta en los caminos, ostêntanse imágenes de la Madre de Dios y de San Vicente Ferrer, toscamente estampadas en azulejos ó labradas en madera. No deja de formar un triste contraste el ver al lado de estos vivos destellos de la fé cristiana, una cruz humilde que parece estar diciendo al viajero: *aquí mataron á un hombre*. Y es, que bajo el ardiente cielo de Valencia, en medio de aquella vejetacion exhuberante, tienen que ser necesariamente violentas todas las pasiones y exagerados todos los sentimientos. No se comprende la moderacion en donde la naturaleza se escede á sí misma, se desborda como un rio que ha roto sus cáuces, y se esparce con la jigante munificencia de los climas tropicales.

En la estacion del ferro-carril de Játiva nos detuvimos algunas horas, esperando el tren especial que debia conducirnos á la ciudad del Cid. Para no desperdiciar el tiempo, nos dedicamos entonces á sacudir el polvo que nos envolvia, dándonos las apariencias de mómias desenterradas; despues refrescamos, que harta falta nos hacia, y últimamente, habiendo llegado el tren que aguardábamos, emprendimos nuestra marcha hácia Valencia. Seria injusto si no hiciese constar que hicimos esta travesía con mas velocidad de la que se acostumbra en el ferro-carril del Mediterráneo.

No es posible que pueda haceros comprender la vertiginosa y fantástica rapidez con que pasaron ante nuestros

ojos, árboles y cabañas, casas aisladas y pueblos. Hubo momentos en que nos creimos arrebatados por algun génio de las *Mil y una noches*, ó trasportados á regiones desconocidas en el caballo alado de Astolfo.

Por fin llegamos á Valencia. Fuera de la estacion estaban esperándonos algunas tartanas que nos llevaron á la fonda del Cid, donde se nos tenia preparado un opíparo banquete. Allí era de ver con qué afan buscábamos, antes de sentarnos á la mesa, un cuarto y una cama para descanso de nuestros molidos huesos; hubo habitacion que se conquistó y que fué preciso ganar palmo á palmo. Al principio se habia creido que pasaríamos aquella noche en Valencia; pero bien pronto vino la realidad á disipar á medias esta consoladora ilusion. La empresa habia dispuesto que á las once de la misma noche, partiese una tanda de convidados para San Cárlos de la Rápita; otra á las ocho de la mañana siguiente, y la última, á las once de la noche de este dia. Hubo hasta heroismo en la tenaz resistencia que la mayor parte de las personas invitadas opusieron á salir para San Cárlos en el mismo dia de su llegada á Valencia. En vista de una obstinacion hasta cierto punto justificada, varios viajeros, ó menos fatigados ó más condescendientes, entre los cuales nos contábamos mis compañeros de cupé y yo, dispusimos nuestra marcha y apuntamos nuestros nombres en lista. Arreglada ya la primera tanda, dió principio la comida que fué, como creo haberos dicho, abundantísima, y que acabó pocos momentos antes de que el relój señalase la hora de partida.

Embutidos en la diligencia como Dios nos dió á entender, cruzamos de noche el deleitoso camino que média entre Valencia y Castellon de la Plana. Afortunadamente á nuestra vuelta pudimos admirar los aromáticos jardines y frondosas huertas de Murviedro, Villa-Real y Castellon, donde la naturaleza no se muestra avara de sus dones, antes bien los prodiga á manos llenas. Subimos al rayar el alba la peligrosa cuesta de Oropesa, y entonces por prime-

ra vez se presentó á mis ojos el grandioso espectáculo del mar que en aquel sitio lame los lindes de la carretera; ¡del mar Mediterráneo, cuna de los dioses y de la civilizacion europea!

Pero ahora no quiero hablaros del mar ni de la impresion que causó en mí, nacido en los llanos de Castilla y acostumbrado solo á ver las ondas del trigo cuando en la época de la recoleccion, le agitan las auras y el sol le dora.

Tiempo llegará en que pueda deciros con toda la estension que yo deseo el sentimiento que me inspiró la serena majestad de ese inmenso lago, teatro de tantas glorias, de tantas catástrofes y de tanta poesía.

En la cuesta de Oropesa, á uno de los lados del camino elévase un sencillo monumento, casi una construccion primitiva en sus formas, que recuerda á la vez una tremenda desgracia y un rasgo de heroismo. Segun me han contado, hace algunos años que una diligencia, empujada por la tempestad, cayó en el mar, entonces profundamente alterado y revuelto, sin que tuvieran apenas tiempo los pasajeros para apercibirse de su horrible desventura.

Solo los dos guardias civiles de aquel puesto presenciaron esta catástrofe, y sin temor á las olas, cada vez mas enfurecidas, corrieron en auxilio de los míseros caminantes. Sus esfuerzos no fueron completamente inútiles, pues lograron librar de la muerte á uno de los viajeros, á quien depositaron sobre la playa para arrojarse nuevamente al mar. Pero su vigor, si no su generoso empeño, estaba agotado, y solo consiguieron en su segunda tentativa aumentar el número de las víctimas, devoradas por el abismo.

En memoria de este hecho se construyó en el lugar de la desgracia el sencillo monumento de que os he hablado.

Doce ó trece horas despues de nuestra salida de Valencia, entrábamos en San Cárlos de la Rápita. Esta poblacion es, por decirlo así, el gérmen de un gran pensamiento. Cárlos III habia resuelto hacer de ella un sitio real, una ciu-

dad importante y un gran puerto. La situacion que la Rápita ocupa, favorecia los designios de aquel monarca, cuya constancia no conocia en cierto género de obras, obstáculos ni dificultades. Próximo á la desembocadura del Ebro y situado á la entrada del puerto natural de los Alfaques, el mas capáz, y con poco trabajo el mas resguardado del Mediterráneo, San Cárlos hubiera pódido ser—acaso lo sea con el tiempo—el verdadero centro mercantil y marítimo de la antigua corona de Aragon. Al lado mismo del pueblo desagua el canal del Ebro, para cuya inauguracion habíamos sido convidados.

San Cárlos de la Rápita es el presentimiento de una grandeza antes muerta que nacida. Encuéntranse á cada paso edificios á medio construir, arruinados sin haber vivido, como las flores que se marchitan en capullo, ó como los génios que antes de dar señales de su poder, se malogran y perecen. Tiene una buena plaza, algunas casas levantadas con maestría, que revelan la inteligente direccion arquitectónica de don Ventura Rodriguez, y toda la ciudad ofrece el carácter sério, munificente y al mismo tiempo estirado de la época en que empezó á ser.

San Cárlos de la Rápita es un mendígo cubierto con los apolillados restos de un manto imperial, el aborto de un sueño régio, la imágen de la ilusion que se desvanece sin haber llegado á la realidad, ó como antes he dicho, el gérmen de un gran pensamiento.

Los preparativos adoptados por la empresa de la canalizacion del Ebro para la ceremonia de la inauguracion, así como la reseña del género de vida que tuvimos, mis amigos de viaje y yo, durante nuestra permanencia en la Rápita, serán el objeto de la siguiente carta.

III.

En mi última carta ofrecí daros cuenta de nuestro género de vida en San Cárlos de la Rápita, y hoy me propongo desempeñar mi palabra comprometida.

A nuestra llegada, fuimos alojados en una casa deshabitada, grande como nuestra paciencia y desmantelada como un castillo viejo. Cinco camas, colocadas en distintos cuartos, componian todo el ajuar de nuestra vivienda, que por ningun lado se resistia á las caricias del sol ni á los halagos del viento. Con la misma libertad entramos nosotros en ella, turbando el religioso silencio de aquel lugar solitario

«donde nunca se oyó rumor de gente.»

Allí paramos el tiempo preciso para mudarnos de traje, y despues guiados por nuestro apetito que no tenia espera, nos encaminamos hácia la fonda, establecida en la Aduana del pueblo, no lejos del mar. Pasamos por debajo de un inmenso arco de follaje, en el cual apenas reparamos entonces, tan hambrientos estábamos, y penetramos en el templo gastronómico, que se hallaba adornado con el mejor gusto. La fachada aparecia cubierta de verdes ramos de boj y empavesada como un navío en dia de gran fiesta. Las paredes interiores del edificio estaban revestidas de blanca lona, y por los cuatro lados del salon se prolongaba una rústica mesa, limpiamente aderezada, en la cual, como recordan-

do la esplendidez de las bodas de Camacho, se servian á todas horas esquisitos y suculentos manjares. Avivados por el deseo de conocer el mar, que solo habíamos visto de paso, comimos de prisa para abandonarnos en seguida en un ligero esquife, á merced de las entonces sosegadas olas.

¡Cómo espresaros el sentimiento que se apoderó de mí en presencia del Mediterráneo, animado con el recuerdo de tantos héroes y de tantos génios! Sus azuladas aguas besan las arenas de la Grecia y de la Siria; de la patria de los dioses y de la cuna del divino Salvador del mundo; la region de la poesía y la region de la verdad; la fuente del placer santificado, y el lugar donde por la vez primera el dolor y el martirio se elevaron al cielo. Italia y España tambien reciben los halagos de sus ondas, en cada una de las cuales parece como que resuena un himno de la antigüedad. ¿Quién no cree todavía ver surjir del seno de ese mar las sombras de los dioses marinos coronados de algas? ¿Quién no vé entre la bruma las imágenes vaporosas de sus ninfas? ¿Quién no escucha entre el rumor de las aguas el incitante canto de las sirenas? El génio ya estinguido de la Grecia dió en otro tiempo vida y animó con la poderosa inspiracion de sus poetas todos los escollos, todos los peñascos, todas las costas, todas las olas del Mediterráneo. Más grande la creacion que el Criador, ha resistido así las tempestades de la guerra como el empuje de los años, y todavía cruza Neptuno en su carro de conchas las misteriosas soledades del mar.

Pero si la Grecia pobló de dioses esas ondas España las ha poblado de héroes. La cristiandad, amenazada de muerte por el poderío turco, debió la libertad al valeroso brazo de don Juan de Austria en las aguas de Lepanto. No hay ola que no arrastre sangre nuestra vertida en defensa de Dios y de la Europa ingrata, ni costa que no despierte algun recuerdo de nuestra gloria y de nuestra desventura.

Y ¿quién es capaz de adivinar los destinos que la Providencia nos reserva en ese mar, que se estiende como un lago entre las mas fértiles y hermosas comarcas del mundo?

¿Quién sabe si esas olas que van y vienen de Africa como para enseñarnos el camino, conseguirán despertar nuestro dormido génio, y llevarán algun dia en nombre de España á aquella region de tinieblas, la luz y la civilizacion?

Embebecido en estas reflexiones surqué por primera vez las aguas del Mediterráneo, tranquilas entonces como los sueños de un niño é iluminadas por los trémulos rayos del sol. Allá á larga distancia distinguíanse, casi perdidas entre la bruma, algunas velas solitarias que inflaba el viento, y las ráfagas del humo de un vapor queparecia dirijirse hacia Valencia.

Satisfecho nuestro deseo de pasear por el Mediterráneo, volvimos á la playa, donde nos esperaban algunos compañeros de viaje, que no habian querido seguirnos en nuestra fácil espedicion. Todos juntos, enderezamos nuestros pasos hácia un establecimiento en que bajo el pomposo título de *Café social*, se sirven limonadas gaseosas, licores, agua y sellos para cartas. Refrescando y escribiendo á nuestras familias se nos fué sin sentir el tiempo, hasta que nuestro apetito, avivado con las brisas marítimas, nos avisó que habia llegado la hora de comer.

Reinó en la mesa la mas franca cordialidad y armonía; se habló de las comarcas que habiamos recorrido, del mar, de la política, de la literatura, y hasta vino á inspirarnos á los postres el bullicioso diablo de la murmuracion.

Justo es, sin embargo, decir en su obsequio, que no quebrantó los límites del decoro, ni levantó ningun velo, ni despertó en nuestro corazon dormidos ódios.

Mefistófeles estaba aquel dia de buen humor.

Servíanos á la mesa, entre otros varios criados, uno, grave como un prior, respetuoso como un pretendiente y listo como lo que era: como un mozo de fonda. Siempre que cambiaba un plato, su mano temblaba; mirábanos con cariño, conociéndose que deseaba ha blarnos y tomar parte en nuestra conversacion. Aquel hombre se multiplicaba para servirnos; iba y venia de un l do á otro como si tu-

viera una locomotora en cada pié; traia y llevaba platos; echaba vino en las copas, y trinchaba y repartia, todo con una solicitud tan precipitada, que consiguió llamar nuestra atencion.

Una palabra nuestra desató su lengua, y rompió á hablar.—He venido á servirles á Vds., nos dijo, soltando frases con la misma velocidad con que mudaba platos; porque son Vds. liberales, y yo tambien lo soy. He militado muchos años, he derramado mi sangre por la libertad, he perdido mi fortuna en su defensa, y cada vez la quiero más y más me entusiasma...

Y el pobre mozo corria, lloraba, reia, sudaba, nos echaba de beber y hablaba al mismo tiempo, dando pruebas así de su buen deseo y de su profunda conviccion política.

Creo, pues, que me perdonareis el recuerdo que le consagro, con el único fin de que en ninguna época pueda acusarme de ingratitud. Su amor á la libertad no nos dejó carecer de nada.

A pesar de las malas condiciones de nuestro alojamiento, dormimos aquella noche como si nunca hubiéramos hecho otra cosa; habiendo tenido el gusto de encontrar en el pueblo, cuando nos levantamos, á la mayor parte de los espedicionarios que el dia anterior se habian quedado en Valencia.

A las tres de la tarde llegaron los últimos, entre los cuales se contaban los individuos de la comision régia, y dos horas despues entró en el puerto un vapor, conduciendo á todos los convidados de Barcelona.

A este número pertenecian los dignos representantes de la prensa catalana, á quienes no tuvimos el gusto de conocer hasta el dia siguiente.

Despues, cuando el crepúsculo vespertino se mecia ya sobre las brumas del mar, nos embarcamos en una lancha de vela latina, con rumbo á la isla de Buda, que á poca distancia del puerto se estiende, y en donde nos entretuvimos en recojer, como Galatea desdeñosa, *conchas y perlas pintadas*.

A nuestra vuelta comimos, y en seguida nos desparramamos por la playa en alegres grupos, aspirando la suave frescura de las brisas nocturnas.

A las diez se iluminó el arco de follaje de que antes os he hablado y que daba entrada á la fonda por la parte de la playa. De trecho en trecho, en el camino que mediaba entre el arco y la puerta del edificio, ardian colocados sobre rústicos candelabros, algunos troncos resinosos, que esparcian al mismo tiempo luz y aroma. Levantábase en la orilla del mar sobre altos palos, pintados de diversos colores, la santa imágen de la estrella de consuelo, de la esperanza de los navegantes, de la casta María; por Aragon la Vírgen del Pilar, por Cataluña la de Monserrat, por Madrid la de Atocha y por Valencia la de los Desamparados, que con los brazos estendidos parecia ofrecer un refugio á los náufragos y á los pecadores. Las brisas, agitando mansamente las luces donde resplandecia la Santa Madre de Dios, venian á pagar un tributo á la que doma las tempestades de la mar y de la vida.

A las once de la noche, cuando pensábamos retirarnos á descansar de las fatigas del dia, nos sentimos gratamente sorprendidos con dulces é invisibles armonías que iban aproximándose á nosotros lentamente por el lado del canal. Pocos momentos despues apareció á nuestra vista el hermoso vapor de la empresa, que traia á bordo la banda militar del regimiento de Iberia. Nada tan poético ni grandioso como la aparicion de aquella nave, que dominaba á la vez el fuego y el agua, esparciendo torrentes de armonía en el oscuro silencio de la noche. Sumerjidos en un profundo recogimiento presenciamos su llegada, y nos pareció ver por un momento el *espíritu de Dios flotando sobre las aguas.*

La banda militar desembarcó. Dispusiéronse los atriles á la entrada de la fonda, colocáronse los músicos, y allí, á la luz de gruesas teas, la armonía de los hombres acalló por un instante a armonía de las olas. Dióse principio á la serenata

con la admirable sinfonía de *Guillermo Tell*, admirablemente ejecutada; siguió despues el *Miserere* del *Trovador*, luego el final del acto segundo de la *Traviata*, y por espacio de hora y media la banda no dejó de tocar piezas escogidas.

La tranquilidad de la noche, la disposicion de nuestro ánimo, la música, la luz, el campo, las brisas marinas, todo contribuyó á hacernos olvidar entonces las amarguras de nuestra vida que hemos entregado, bien jóvenes por cierto, al demonio de la política y de la ambicion. Madrid con todos sus rencores se borró de nuestra memoria; y nos olvidamos de nuestros enemigos, de nuestras persecuciones y de nuestras inquietudes. Parecía como que renaciamos con nuevo vigor y fortaleza en aquella playa hospitalaria, vivificada entonces con los encantos de la religion, de la naturaleza, de la luz, de la música y de la poesía.

En aquella deleitosa hora nadie se llamaba progresista, moderado, absolutista ó demócrata; no teniamos tiempo mas que para sentir.

Terminada la serenata nos retiramos á nuestros alojamientos, con el encargo de estar á las siete de la mañana siguiente vestidos de toda etiqueta para asistir á la ceremonia de la inauguracion.

En mi inmediata carta os daré cuenta de este acto.

A la hora señalada del dia siguiente se reunió en la fonda toda la expedicion, compuesta de los señores Echevarría, Pinzon, Reina, Barzanallana, Madramany, Campoamor, Membrado, Altes, Aguiló, Caberto, Barber, Ribel, Cortés, Gispert y Alcaráz, estos dos últimos, gobernadores civiles de la provincia de Castellon de la Plana y de Tarragona. Representaban á la prensa de Madrid los señores Moreno por *El Católico*, Castelar por *La Discusion*, Andraga por *El Clamor público*, Guillen por *Las Novedades*, Navarro por *La Epoca*, Salgado por *El Occidente*, Cañete por la *Gaceta*, Vildosola por *La Esperanza*, Breistoff de Rochebrune por *Le Courrier de Madrid*, Ortiz de Pinedo por *La America*, Roberts por *El Diario Español*, Guerrero por *El Estado*, Gálvez por *La España*, Llofriu y Alcázar por *El Reino*, Villabrille por *El Iberia*, Ojea por *La Hoja autógrafa*, Rodriguez por *La Revista de Obras públicas*, Manresa por la *Gaceta de los Caminos de hierro*, don Fernando Garrido por *El Museo Universal*, y el vizconde del San Javier por *El Domingo*, periódico ilustrado.

Como representantes de la prensa catalana, contábanse los señores Tolosa por *La Corona de Aragon*, Esteve por *El Diario de Barcelona*, Milá de la Roca por *El Iris Catalan*, y Cortés y Mas por *La España Católica*.

Asistieron además algunos otros individuos de las

tamientos, juntas de comercio y consejos provinciales de Barcelona y Tarragona.

¡Era de ver la admirable perspectiva de uniformes y cruces que se ofreció á nuestra vista! Poco inteligente, —como que no he servido al Estado ni he sido recompensado por él,—en la clasificacion de casacas, no podré deciros á qué género pertenecian las muchas que allí ví; habíalas de todos los colores: encarnadas, blancas, amarillas, azules, verdes, negras y de mezcla como las aspiraciones de la *union liberal*. En las cruces y cintas notábase la misma variedad. Las habia grandes y chicas, en forma de aspa, en forma de estrella, en óvalo, en cuadro, en círculo; de oro, de plata, de seda; creo que hasta de hilo y algodon. Pocos eran allí los que no llevaban ninguna condecoracion ni ostentaban cinta alguna; estaban en minoría, como supongo que lo están ya en toda España.

No es mi ánimo ofender á los señores que vestian uniformes y lucian sobre su pecho cruces que me complazco en creer legítimamente ganadas; y si hago mencion de esta particularidad, es sólo con el deseo de ser fiel cronista. Desde el humilde rincon de mi insignificancia séame permitido juzgar á mi manera, que de este privilegio gozan los que nada son, las pompas y vanidades del mundo.

A las ocho de la mañana, despues de habernos desayunado ligeramente, pasamos á bordo del vapor, al compás de la marcha real que tocaba desde la orilla la música del regimiento de Iberia, y entre los gritos del pueblo que se agrupaba en ambas márgenes del Canal.

En una barca, cubierta con un toldo de tela rayada, que recordaba las góndolas de Venecia y los esquifes de Constantinopla, se colocó como mejor pudo la banda militar.

El vapor *Ebro* ha sido, segun mis noticias, construido en Creuzot; tiene 50 metros de quilla y 10 de ancho, comprendidos los tambores de las ruedas. Su máquina, de baja presion, es de la fuerza media de 80 caballos.

La cámara de primera clase ofrece tres divisiones: el salon, un gabinete para las señoras y el tocador.

Llégase al salon, descendiendo del puente, por una escalera de caoba, cuyos peldaños están guarnecidos de planchas de cobre en los bordes esteriores, y cubiertos de una alfombra de lana, fondo verde, rayada de encarnado, asegurada por medio de una barra de cobre pulimentado.

Al fin de la escalera, á la derecha, se encuentra el camarote del capitan.

El salon, que está separado por un vestíbulo de la escalera, es largo y espacioso y está alumbrado por catorce ventanas, provistas de cristales y persianas, pintadas de color oscuro.

El suelo está alfombrado con un hule de vivos y variados colores, y las paredes decoradas con oro sobre fondo blanco. Hay entre las ventanas hasta 32 medallones, que representan diferentes paisajes, pintados admirablemente. A cada lado de la puerta de entrada hay dos grandes espejos de limpia y clara luna.

Una doble colgadura separa el salon del gabinete de las señoras, que es la habitacion mas lujosamente adornada; las paredes son tambien blancas en el fondo; pero en vez de paisajes hay pintadas en ellas flores de vivísimos matices y pájaros de brillantes colores.

El techo del salon está sostenido por cinco columnas de cobre pulimentado.

Todos los muebles, mesas, canapés y sillas de las habitaciones de primera clase son del mayor gusto y riqueza.

La cámara de segunda clase es tambien elegante, pero mas sencilla.

Tendria que estenderme demasiado si fuera á hacer una descripcion minuciosa de todos los departamentos de que consta el vapor: máquina, camarote de los marineros y del capitan, almacenes y cocina. Bastará con que os diga que en todos ellos está hermanada la comodidad con la solidez y el lujo.

Dada la señal de partida, el vapor y la barca que iba á remolque enderezaron por el Canal su rumbo hácia Amposta. Yo seguia con la curiosidad de un niño las espumosas olas que levantaban las ruedas, y que casi lograban ahogar con su acento los acordados sones de la música, que durante todo el viaje llenó el espacio de dulces y regaladas armonías.

Pasamos sin dificultad todas las esclusas, llegamos á Amposta, que es el punto en que el Canal termina, y allí nos detuvimos á almorzar. Habíase levantado, en el lugar mismo en que desembarcamos una elegante tienda, festoneada de ramos de boj, bastante capáz y estensa. Los lienzos que la formaban estaban pintados, figurando cuadros de paisajes y flores, y dentro de ella habia una mesa elegantemente adornada, cubierta de ramilletes, platos de frutas y dulces. El pueblo, agrupado debajo de las paredes de lienzo de la tienda, que habia logrado alzar, observaba con curiosa atencion los preparativos de nuestro almuerzo. Si hubierais visto aquella multitud de cabezas, tostadas por el sol y robustecidas por el trabajo, que parecian sostener como animadas cariátides el peso de la vivienda improvisada y consagrada al placer de que nos encontrábamos, no sé el efecto que os hubiera producido. El pueblo está condenado á vivir como Tántalo, al borde de todos los goces, sin disfrutar de ninguno, y gracias si alguna vez, como sucedia en la ocasion á que me refiero, logra penetrar su vista, que es el mas libre de todos los sentidos, donde no pueden penetrar sus piés.

Colocámonos como mejor nos fué posible alrededor de la mesa, y almorzamos. Los millares de cabezas que se agitaban debajo de los lienzos de la tienda, nos observaban con religioso silencio, como satisfechos de ver nuestro buen apetito, nuestra alegría y nuestro estirado porte.

La banda, mientras duró el almuerzo, no cesó de tocar piezas escojidas. Y es en verdad que no hay cosa mas dificil que comer y oir al mismo tiempo ; yo de mí sé decir.

que ni como ni oigo. Unas veces la música hace olvidar los manjares y otras los manjares hacen olvidar la música, de manera que al cabo de la funcion no sabe uno lo que ha comido ni lo que han tocado.

El arte es exijente y quiere que se rinda á cada uno de sus ramos un culto aparte. Es enemigo de la confusion. Querer entretener á la vez todos los sentidos, es no entretener á ninguno, es hacer que las facultades se truequen, y que, permítaseme la idea, los oidos coman y el paladar aprecie las armonías de la música.

Terminado nuestro almuerzo-concierto, volvimos á embarcarnos en el vapor y penetramos en el rio. El viejo Ebro parece haber roto en esta parte su ánfora para pagar por completo al mar el rico tributo de sus raudas aguas. Es ancho y caudaloso; sus hondas ruedan con violenta impetuosidad, como si las animára el deseo de confundirse pronto con las del Mediterráneo. Verdadera imágen del hombre que corre ciego sin conocerlo hácia su perdicion y que tanto mas se precipita cuanto mas se aproxima á ella. Como en los bordes del Rhin, se levantan á la orilla del venerable rio que tan gran papel juega en la historia de nuestra nacionalidad, desde los mas remotos tiempos hasta los memorables de Zaragoza, gloriosas y desconocidas ruinas de castillos feudales y de templos. Una vejetacion riquísima y vigorosa hermosea estas márgenes, tan llenas de recuerdos, pareciendo como que con su belleza quiere detener el rápido y violento curso de las aguas, tan deseosas de llegar al mar.

Desde Amposta á Tortosa tardamos algunas horas que fueron para mí muy breves, porque tuve el gusto de conocer entonces á los dignos representantes de la prensa catalana. Nunca elogiaré bastante su amabilidad ni el fraternal cariño que hácia todos los periodistas madrileños manifestaron. Con harto sentimiento de mis compañeros y mio no nos fué posible aceptar el cortés ofrecimiento que nos hicieron para que fuéramos en su compañía á Bar-

celona. Pero no por eso se apartará jamás de nuestra memoria las agradables horas que pasamos al lado suyo en Tortosa y Cherta. Hijos de una misma madre, hijos de la imprenta, cualquiera que sea la distancia á que nos encontremos, vivirá constantemente nuestro cariño como vive entre hermanos, alimentado y fortalecido con los esfuerzos del pensamiento y de la palabra.

En mi carta inmediata os daré cuenta de nuestra llegada á Tortosa, de la bendicion del vapor, y de los sucesos que nos ocurrieron durante nuestra permanencia en aquella antigua ciudad.

V.

En el desembarcadero de Tortosa, que, como el de Amposta, estaba empavesado y cubierto de flores y verdes ramos, nos esperaba el clero que debia tomar parte en la santa ceremonia de la bendicion. Mi cansancio, por un lado, y por otro la confusion que reinaba á bordo, impidieron què me enterára, como hubiera deseado, de esta consagracion religiosa, y solo puedo deciros que despues de terminada bajamos á tierra, dirijiéndonos procesionalmente á la catedral.

Hallábanse atestadas de curiosos las calles del tránsito, y en ventanas y balcones lucian sus gracias las hermosas damas tortosinas. Esta esposicion de bellezas no estaba consignada en el programa de las funciones, cuando debia haber ocupado el primer lugar.

Embebecidos en la contemplacion de tan peregrinos rostros llegamos á la catedral. Su fachada, que está sin concluir, es del renacimiento, y no predomina en ella el gusto mas depurado; en cambio todo el templo pertenece al género gótico primitivo. La armonía artística debe estar avergonzada, sintiéndose herida por el contraste mas ridículo y el anacronismo mas estravagante que consigna en sus anales la arquitectura. El paso de un órden á otro es en esta catedral violento, rudo, sin preparacion ni majestad alguna. No se ve, como en la de Toledo, la mano de los siglos que va lenta y mesuradamente modificando los estilos, sino la

mano del hombre estraviado que interrumpe de un golpe la cadena de la tradicion, y escribe, sin saber lo que se hace, una página profana en un libro religioso. El arte ciego y ofuscado es acaso un enemigo mas temible para las grandes obras, que el tiempo y el incendio; porque estos elementos de destruccion las aniquilan, pero no las deshonran.

Dando una prueba de caridad cristiana la Real compañía de canalizacion que habia dispuesto celebrar en un solo dia todas las fiestas, mudó prudentemente de consejo, suspendiendo para el lunes nuestro viaje á Cherta, y el baile que tenia preparado en Tortosa. Sin duda compadecida del aspecto que presentábamos, tan afligido como sudado, pues el sol habia sido por espacio de seis horas nuestro inseparable compañero, adoptó una determinacion que todos le agradecimos con el alma. Satisfechos y alegres nos desparramamos por la ciudad en busca del alojamiento que se nos habia designado, despues de haber asistido al *Te Deum*, y oido misa en la capilla de la Santa Cinta.

La ojeriza con que en Tortosa se mira la obra de la canalizacion, y de que mas adelante hablaré, hizo que muchos convidados se encontrasen con la puerta de su alojamiento cerrada, sin que pudieran averiguar dónde paraban los dueños. Yo fui de este número, y anduve errante como un peregrino por las calles de la ciudad hasta las once de la noche, hora en que la empresa me proporcionó otra habitacion en el antiguo cuartel de la Milicia. Gracias á este incidente, que se prolongó lo bastante para hacerme perder la paciencia, no me fué posible escribir como yo hubiera querido mi primera carta, enterándoos á la ligera de las ceremonias de la inauguracion. Pero en fin, mas vale tarde que nunca.

Durante mi obligada escursion por las estrechas calles de Tortosa, pude observar ligeramente su carácter monumental. Hay en esta ciudad bastantes fachadas del género plateresco, entre otras las del Seminario en la calle de Mon-

cada, y la de un edificio situado en frente de aquel en que yo vivia. Tiene tambien una fuente que no pertenece á órden alguno; mirada por un lado parece un kiosko, y mirada por otro, un torreon gótico. Corona esta construccion estraña un ángel ó un génio, que no podré deciros lo que es, con la cara pintada de color de rosa, la cabeza de amarillo, las álas de azúl, y el vestido de blanco con estrellas. No os diré que séa exactamente tal como digo, la distribucion de estos colores; pero puedo aseguraros que todos ellos se emplean en el adorno de aquella malaventurada escultura, que parece estar vestida de máscara.

Tambien visité en compañía de varios amigos la iglesia del Calvario. El templo, considerado bajo el punto de vista puramente artístico, nada tiene que digno de mencion sea. Pásase la capilla y se entra en un huerto montuoso, que tiene abierta una rampa en forma de zig-zag, rodeada de altos y fúnebres cipreses. La yedra crece entre las junturas de las piedras, estendiendo por todo el huerto su trepadora y desigual enramada. Este lugar trae involuntariamente á la memoria el gran sacrificio del Redentor del mundo, é infunde en el alma inefable y misteriosa melancolía. A un lado de la rampa, de trecho en trecho, álzanse unos altarcitos cubiertos, donde se representa en figuras de talla, de tamaño pequeño, algun paso de la gloriosa muerte del Salvador. En general, las esculturas son de escaso mérito, y solo algunas recientemente labradas en Barcelona merecen llamar la atencion del viajero.

En lo último de la rampa hay una reducida capilla de mármol con un Santo Cristo, cerrando por este lado el jardin una levantada peña que parece pronta á desprenderse, y por la cual, como desafiándola, sube y entrelaza sus hojas la verde y atrevida yedra. Segun nos dijeron algunas personas á quienes hablamos del efecto que nos habia producido este huerto, que tan al vivo recuerda la historia del Divino Maestro, estos Calvarios son muy generales en toda Cataluña, y á ellos acuden en Semana San-

ta los fieles, en silenciosa y contemplativa peregrinacion.

El pueblo deja en todas partes las profundas huellas de su fé.

A las seis de la tarde dió principio en los salones del palacio episcopal la comida que se nos tenia dispuesta; única que con carácter oficial ha habido durante el curso de la espedicion. A los postres, como de costumbre, comenzaron los brindis; brindaron los individuos de la comision régia, las autoridades militares, el presidente de la real compañía, los diputados, la prensa catalana, y en nombre de la de Madrid, el director de *El Católico*. En atencion á su carácter sacerdotal y á la antigüedad del periódico que redacta, los escritores públicos de la córte que asistian al banquete rogáronle que brindára en representacion de todos. El señor Moreno se resistió modestamente; pero al fin las súplicas le vencieron, y cumplió, como era de esperar, la delicada mision que se le habia encomendado.

Instado vivamente por todos, pronunció el señor Castelar una brillante improvisacion, que es sin disputa una de las mejores que le he oido. Recordó el inspirado orador la importancia histórica del país en que estaba, y su elocuente musa evocó con una sola palabra la grandeza de nuestro pasado y las esperanzas de nuestro porvenir. Y al brindar por la inteligencia honró tambien al trabajo, poderoso auxiliar de todas las concepciones y lazo que une en la tierra el pensamiento con la realidad, el espíritu con la materia. Las ideas y las imágenes bullian y palpitaban en su discurso como en una oda de Píndaro, y todos nosotros le escuchábamos trémulos, agitados, siguiendo difícilmente los vuelos de su galana fantasia.

Cuando el señor Castelar dejó de hablar, resonó en el salon un inmenso y prolongado aplauso. Su triunfo habia sido completo, sin que osáran disputársele ni los rencores de la política, ni los dardos envenenados de la envidia artera.

Allí todos aplaudimos y admiramos.

Despues de la comida, que terminó cerca de las ocho, pa-

samos al teatro. Es el coliseo de Tortosa reducido, pero elegante; y entonces estaba en su mayor apogeo. Resplandecian en todos los palcos hermosuras que hubieran dado celos á las de Madrid, llenas de seda, llenas de piedras preciosas y llenas de flores. Este es el único defecto que encontré en ellas.

Representábanse los *Amantes de Teruel*, ese drama que hiere profundamente el corazon, y que nunca podrá verse sin llorar, porque es el conjunto de todos los gritos de la pasion y de todos los ayes de la desventura. La Teodora Lamadrid y Valero eran los encargados de su difícil interpretacion.

Valero es siempre el actor eminente, aunque desigual. En la noche á que me refiero, consiguió dominar al público con su inspiracion, y hacerle sentir como él sentia. Pero Valero necesita tomar otra vez los aires de la córte; su larga permanencia en provincia ha redundado en perjuicio de su génio, y algunas veces se amanera demasiado. Las inflexiones de su voz son violentas, porque el deseo del contraste las estravía y desentona á menudo. Las auras de la coronada villa, en un actor de inteligencia, acaban con todos los resabios de la exageracion y del mal gusto. Valero se curará: esto es indudable.

La Teodora estuvo como siempre, inimitable; los demas actores bien.

Terminada la representacion de *Los Amantes de Teruel*, cantó la señora Moscoso, siendo justamente aplaudida, y despues se estrenó la comedia en un acto *El Ebro*, escrita espresamente por el señor Breton de los Herreros, con motivo de la inauguracion del Canal. El argumento de esta comedia es débil; pero está tratado con la facilidad y gracia que caracterizan al príncipe de nuestros poetas cómicos. Hay tipos en ella de una encantadora verdad, entre ellos el de don Primitivo, inteligentemente interpretado por Valero, que mira con una antipatía rutinaria todos los adelantes de la civilizacion, y que esclama, cuando le preguntan si ha venido por ferro-carril:

—Yo no. Varon provecto
deslumbrar no se deja fácilmente
por esas peligrosas maravillas.
Aunque se tarde más que por Almansa,
más seguro es venir por las Cabrillas;
que si el cuerpo se cansa,
no padece el espíritu, sin tregua
corriendo en seis minutos una legua,
y temiendo, al volver de cada monte,
á Icaro imitar y á Faetonte.
Tambien, querida Aurora,
cuando pasé á Madrid desde la Mancha,
esquivé la infernal locomotora,
que, aunque llena de baches, es la antigua
carretera mas ancha.
¡*Locomotora*! ¿Quién no se santigua
solo al oir su nombre? ¡Ay, que no en vano
la apellidan así: *Loco-motora*
es la que *locos-mueve*, en castellano.

A la una de la noche concluyó la funcion dramática. Desde el teatro fuimos á la orilla del rio para ver los fuegos artificiales que tenia preparados el pirotécnico valenciano Joaquin Minguet. Las luces de mil colores, reflejándose en las ondas del Ebro, daban una ligera idea de las encantadas viviendas de cristal, topacios y rubíes que la fantasía oriental ha creado en el fondo de los rios y de los mares para los génios y las hadas. Hubo un momento en que el Ebro parecia enviar al Mediterráneo olas de plata y oro en tumultuosa y rápida confusion.

Estos fueron los últimos festejos del dia.

Antes de terminar mi carta, me permitireis que os haga algunas reflexiones sobre el ódio que en Tortosa se profesa hácia la idea de la canalizacion. Nace en primer lugar, de las inveteradas preocupaciones de nuestro pueblo, y en segundo, de la desconfianza que las obras inspiran al vulgo. Tan exagerada es esta, que habiéndonos visto llegar en el

vapor, dudaban que hubiéramos venido desde San Cárlos de la Rápita, sin que fuera bastante á sacarlos de su error, la realidad que presenciaban: más incrédulos que Santo Tomás, negaban lo que veian.

No sé si tendreis presente la oposicion que algunos pueblos de la Mancha hicieron para que no pasase por sus términos el ferro-carril del Mediterráneo. Una compasion mal entendida hácia las bestias de carga, hacíales tronar contra el proyectado camino de hierro. ¿Qué va á ser de los burros? decian. ¿Qué vamos á hacer de nuestras mulas?

Pues este mismo sentimiento llevado al rio—permitidme la frase,—es uno de los motivos que tiene el pueblo de Tortosa para combatir la canalizacion.—¿Qué vá á ser de nuestros barquichuelos? se preguntan. ¿Qué haremos de nuestros esquifes de vela latina?

Los beneficios que el ferro-carril proporciona á todos los pueblos por donde pasa, han aniquilado completamente sus preocupaciones. Solo los hechos son capaces de vencer la testaruda obstinacion de la rutina. Las ventajas que la canalizacion del Ebro proporcionará en dias mas ó menos próximos á Tortosa, acabarán tambien—confio en ello—con los pueriles temores que sus habitantes alimentan, y que son indignos de su ilustracion reconocida.

VI.

A las dos del dia siguiente salimos, como se habia anunciado, con direccion á Cherta en el vapor de la Compañía. Las riberas del Ebro, desde Tortosa á este pueblo son fertilísimas, y no olvidaré nunca el magnífico panorama que ofreció á nuestra vista una aldehuela situada entre bosques de árboles frutales y húmedas alamedas á la orilla misma del rio. Sin detenernos en este lugar, cuyo nombre no recuerdo ahora, y donde apenas divisaron las ráfagas de humo que despedia el vapor, echaron á vuelo las campanas de la iglesia en señal de júbilo, llegamos felizmente, contra los pronósticos de los tortosinos, al término de nuestra navegacion. Allí nos esperaba una tienda de campaña idéntica á la que nos acojió en Amposta, y dentro de la cual se habia improvisado un jardin á la inglesa, lleno de flores, de asientos de mullido césped, de surtidores y de fuentes, en cuyas tazas rústicas se agitaban algunos pececillos, casi sofocados por el calor, que era intenso. La empresa habia preparado en este sitio un abundante y delicado refresco, una funcion de fuegos artificiales, y la esplosion de una montaña barrenada, que se conmovió y deshizo á presencia nuestra, como si hubiese sentido en sus entrañas los violentos esfuerzos de un nuevo Encélado.

Visitamos despues las obras del canal de alimentacion, y de la esclusa de Cherta, que, según oí decir á algunas personas inteligentes, es notable, y terminado nuestro exá-

mion, emprendimos el viaje de vuelta á Tortosa. Varios amigos mios habian concertado marchar el mismo dia de esta ciudad, sin asistir al baile que la real Compañía tenia dispuesto, y yo me adherí á su resolucion. Despedímonos, pues, de todos nuestros compañeros, y nos embarcamos en un bote de vela latina que estaba esperándonos en el rio para conducirnos á Amposta, en cuyo punto debíamos tomar la diligencia.

Las seis de la tarde serian cuando salimos de la poblacion. Hacia un calor sofocante, y las ondas del Ebro rodaban perezosamente sin que las empujara en su camino el mas ligero soplo de viento. La barca se movia solo á fuerza de remo, y esto fué causa de que empleáramos mas de cuatro horas en cruzar el espacio que media entre Tortosa y Amposta. Discutiendo sobre política, sobre literatura, sobre legislacion, sobre artes, nos sorprendió la noche en el rio, donde solo se oia el rumor pesado de las olas y el eco de nuestras palabras que resbalaba sonoro por la superficie de las aguas. La luna, esa compañera de los amantes y de los viajeros, no alumbraba nuestra ruta, que estaba únicamente iluminada por los tibios resplandores del crepúsculo vespertino, tan duradero en los campos y en el mar.

Allí, separados del mundo, discutimos y analizamos nuestros principios en la serena esfera de la razon, sin que la pasion política, siempre ciega é intransigente, viniera á turbar nuestra buena armonía. En la barca estaban representadas todas las opiniones; habia demócratas, progresistas, partidarios de la *union liberal*, moderados y absolutistas; pero, sobre todo, habia amigos.

¿No es este un verdadero y santo progreso? Apenas hace veinte años que el espíritu intolerante de la política apartaba al padre del hijo, al hermano del hermano, al amante de su amada; sembraba la semilla del ódio en el seno de las familias, y rompia violentamente los lazos de la amistad. Los principios políticos se profesaban entonces, mas por instinto que por conviccion; combatíase en vez de discutir,

y la idea, en lugar de interponerse entre las inteligencias, se interponia entre los corazones. Hoy las circunstancias han variado del todo: las doctrinas buscan su apoyo en la razon, no en la fuerza; habiendo sucedido al choque de las armas el eco de la palabra y la misteriosa predicacion de la imprenta.

¡Quiera el cielo que la ceguedad de los gobiernos no haga posible para España la vuelta de aquellos dias de funesta recordacion!

A poca distancia de Tortosa encontramos una turba de hombres que estaba bañándose en la orilla del rio y que á nuestro paso nos saludó con el grito de: ¡*Muera el canal!*

Os hubiérais reido al ver aquella multitud de cabezas desgreñadas que salian húmedas del seno de las ondas para condenar en nombre de sus preocupaciones, los inventos de la civilizacion y las conquistas de la industria.

Era la voz de los tiempos antiguos que lanzaba desde el fondo del domado rio su inútil y postrera maldicion contra la edad moderna, que le habia dominado.

Llegamos á las nueve de la noche á Amposta, sin que nos sucediera en la travesia ningun percance que merezca referirse. En este pueblo comimos ó cenamos, y en seguida ocupamos la diligencia, que habian puesto á nuestra disposicion. Desde el coche lanzamos nuestra mirada de despedida sobre el Ebro, ese rio clásico que en algun tiempo dió nombre á nuestra patria, y que acaso esté llamado á dársele de nuevo en el trascurso de las edades futuras.

Nuestra buena fortuna hizo que pasáramos de noche los campos que á nuestra ida habiamos cruzado de dia, y gracias á esto pudimos admirar por la mañana, como creo haberos dicho, las feracísimas huertas de Castellon de la Plana, Villa Real y Murviedro.

Todo el camino, hasta cerca de Valencia, está sembrado de casas blancas, cobijadas por altas palmeras, y perdidas entre el follaje de una vejetacion vigorosa; casas que recuerdan al mismo tiempo los aduares árabes y las *villas* italianas.

La noche, durante nuestro viaje á San Cárlos de la Rápita, habia cubierto con su negro manto este risueño paisaje que tan agradablemente nos sorprendió á la vuelta.

A las dos de la tarde comimos en Castellon, y á las seis y media entramos en la ciudad del Cid.

Sin descansar apenas, tomamos una tartana y nos dirijimos al Grao, deseosos de ver el puerto. Yo no podré deciros el tiempo que tardamos en llegar, porque se pasó para nosotros sin sentir, como pasa una ola, como un suspiro, como una leve ráfaga del aura. Nos faltaban ojos para mirar las mil y mil hermosuras pálidas como las azucenas de los valles, que iban y venian por el mismo camino, voluptuosa y lánguidamente recostadas en cómodas tartanas, cuyos carruajes son, como sabeis, los que están mas en uso en Valencia. Si Mahomá hubiese conocido esta comarca habria colocado en ella el paraiso de los creyentes: no hubiera tenido necesidad de buscarle en el cielo.

Por fin llegamos al Grao. Confieso que el comercio y la industria quitan al mar, si no su grandeza, por lo menos una parte de su poesía. La aglomeracion de buques, el olon de la brea, el trabajo nauseabundo de las dragas, el ruido de los talleres, las ahumadas caras de los trabajadores, no dejan que el ánimo se espacie y siga tranquilamente el inquieto movimiento de las olas. Entonces me alegré de haber visto por primera vez el Mediterráneo desde una playa desierta, donde todavía parece como que domina el espíritu de la antigua Grecia.

Además las naves, confusamente agrupadas en el puerto, pierden la suave vaguedad con que se presentan ante nuestros ojos, cuando surcan solas, medio ocultas entre la bruma, la silenciosa majestad de los mares.

Despues de haber visitado el Grao, volvimos á Valencia por el ferro-carril: entramos en la fonda, comimos y nos acostamos.

Si yo fuera escritor francés os haria una minuciosa descripcion de la ciudad, y trazaria el cuadro de sus costum-

bres; pero como no poseo la cualidad tan comun en nuestros vecinos traspirenáicos, de ver lo que no miran, os confesaré ingenuamente que nada puedo deciros; porque nada he visto: no se conoce Valencia en un solo dia.

Los únicos edificios que medio examiné, y de los cuales quisiera daros una ligera idea, son la Catedral y la Lonja.

Es el primero un templo de escaso mérito arquitectónico, desigual y confuso. Su planta baja y las columnatas son de estilo greco-latino, sin severidad ni grandeza alguna, y la bóveda y los arcos de la nave principal apuntados, si la memoria no me es infiel. Tiene, sin embargo, una severa capilla gótica, donde están los retratos de los prelados de aquella santa iglesia, y unas cadenas del puerto de Marsella, colocadas allí como trofeo por el gran rey don Jaime el Conquistador. La catedral es rica en pinturas de Juan de Juanes y Rivalta.

La Lonja es un edificio gótico que se resiente bastante de la influencia arábiga. El salon forma un cuadrilátero, cuya bóveda descansa sobre esbeltas columnas, compuestas de manojos, labrados en espiral, como imitando madejas de seda. Tiene tres puertas, una de las cuales comunica con un patio, y en ellas es donde mas claramente se nota el influjo del arte oriental.

Valencia es una de las ciudades mas patricias de España, y cuenta en su seno numerosos palacios: en todas las calles hay alguno. Encuéntranse á cada paso fachadas de estilo plateresco, en general corrompido, asi como se ven en otras las pomposas huellas del génio de Churriguera, de ese hombre que estravió la arquitectura, como Góngora ha estraviado la poesía.

En union de todos mis compañeros de viaje subí al Miguelete. ¡Qué admirable perspectiva presentan desde allí la huerta, el mar, los montes, la Albufera, los pueblos, las casas y las barracas perdidas entre el follaje! La naturaleza os ofrece desde esta altura su mas acabado poema. Estiéndese á vuestros pies Valencia con sus cien torres, bulliciosa y animada; mas allá, en un espacio que la vista apenas

puede abarcar, una série no interrumpida de jardines y pueblecillos atrae vuestras miradas; mas allá el Mediterráneo; mas allá, en direccion opuesta, una cadena de montañas....

Seria temeridad en mí querer describir lo que no admite descripcion alguna. La fantasía, calla aqui dominada y sujeta por la realidad, que escede á toda ponderacion.

Contemplando, ó mejor dicho, admirando este prodigio de la naturaleza, permanecimos en el Miguelete cerca de media hora. Bajamos por fin, no sin sentimiento, para hacer algunas visitas y disponer nuestro viaje; pues debíamos marchar á las dós de la tarde.

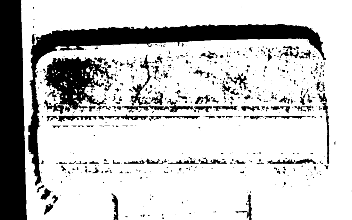
Cuando volvimos á la fonda, nos hallamos con varios amigos y correligionarios del señor Castelar, que estaban esperándole y que nos convidaron á comer una *paella valenciana*. Aceptamos gustosos su amable ofrecimiento, y no tuvimos por qué arrepentirnos de ello. Todos quedamos altamente complacidos y satisfechos: el convite democrático nada dejó que apetecer.

Llegó por fin la hora de abandonar la ciudad del Cid, y partimos por el ferro-carril hasta Játiva, donde nos aguardaba la diligencia. Ningun incidente nos ocurrió en el resto del camino, y entramos en la córte, ocho dias despues de nuestra marcha, habiendo recorrido en este tiempo las mas fértiles y pintorescas provincias de la monarquía.

Aquí, pues, termina la relacion de mi viaje; pero no concluiré sin dar las gracias á la Real Compañía de canalizacion por su buen comportamiento para con todos nosotros, y sin solicitar nuevamente la indulgencia de mis lectores.

Es posible que en mis cuadros no haya toda la animacion que fuera de desear; pero no soy yo el único responsable de esta falta. La naturaleza es mas artística que el hombre; el hecho hiere mas vivamente que la relacion. Los paisajes que he recorrido; las fiestas que he presenciado pueden verse, pero no describirse: esta confesion hace su mayor elogio, y es al mismo tiempo mi mejor disculpa.

FIN.


PAT. JAN. 21, 1908